



GUILLERMO LORA

HISTORIA DEL MOVIMIENTO

OBRERO BOLIVIANO

Tomo I

Alcides
Pantúa

***A los trabajadores mineros, vanguardia de la clase obrera.
A Enrique Lora, mi padre y mi mejor amigo.
A César Lora, valeroso caudillo obrero, muerto en el puesto de combate.***

Guillermo Lora

"Bajo mis auspicios se han presentado en la escena política nuevos elementos de orden y de conservación. Clases desheredadas por la injusticia de los tiempos, seres encorvados bajo el peso de las negaciones sociales, han surgido de entre escombros y tomado asiento entre nosotros".

**Manuel Isidoro Belzu
(Mensaje al Congreso de 1854)**

NOTA PRELIMINAR

La presente edición de la "Historia del Movimiento Obrero Boliviano", presentada como parte de las "Obras Completas" de G. Lora, obliga a algunas puntualizaciones.

Para facilitar su lectura y para comodidad del lector, se presentarán sin interrupciones los seis volúmenes de la historia -aparecieron en diversas y espaciadas fechas-, con la misma finalidad se añaden algunas notas aclaratorias redactadas por los editores.

Se trata de una obra ampliamente difundida y agotada hace tiempo, que se ha convertido en motivo de polémica, más en el exterior que en Bolivia, que muestra tanta parquedad en los comentarios bibliográficos. Hemos creído conveniente agregar a esta edición las críticas y comentarios más diversos que hemos podido reunir. Muchos de ellos deambulan por el mundo, desconocidos por nosotros.

Un resumen en un volumen, traducido al inglés y editado por la "Cambridge University Press" de Londres, se encuentra en la bibliotecas principales del exterior.

Refiriéndose al primer volumen sobre todo, algunos críticos se extrañan que se hubiesen incluido consideraciones extrañas al tema concreto del movimiento obrero o de la historia del sindicalismo.

No dubitamos en consignar apreciaciones sobre los temas más diversos por creer que así contribuíamos a la mejor comprensión del papel jugado por la clase obrera en la historia boliviana.

Ratificamos nuestro criterio de que el movimiento obrero es uno de los elementos de mayor importancia en el desarrollo del país. Por esto mismo, la actividad del proletariado está íntimamente vinculada a los aspectos más diversos de la cultura nacional.

En lugar de presentar un recuento de los congresos sindicales de los más diversos gremios, hemos preferido señalar el papel jugado por éstos en la historia del país.

Es oportuno señalar que la fuerza de trabajo no propietaria de los medios de producción -eso es el proletariado- encarna las fuerzas de la historia que pugnan por la transformación radical de la sociedad, por la sustitución de la sociedad capitalista por la comunista.

La finalidad última de esta historia es la de presentar la evolución de la conciencia de clase del proletariado, que desemboca en la actividad política.

La Paz, octubre de 1996
Guillermo Lora

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Bolivia es un país que no cuenta con buenas bibliotecas y sus archivos son sumamente pobres en lo que refiere a la enorme riqueza de su pasado, tanto en hechos como en ideas.

El panorama se ensombrece mucho más si se trata del movimiento obrero, siempre menospreciado por los representantes de la cultura de la clase dominante. Los bibliotecarios y hasta los bibliófilos apenas si se han atrevido a echarle un vistazo a las hojas redactadas en recio y palpitante lenguaje y por manos rudas. Para la sensibilidad meliflua de estos señores resultan platos demasiado condimentados. El pensamiento de los trabajadores no ha encontrado espacio en los vetustos anaqueles ni la necesaria atención de los técnicos para ser catalogado. Así, los guardianes de las buenas costumbres y del purismo de la lengua han asestado el más rudo golpe a la cultura.

Sin embargo, nos complacemos en anotar dos excepciones que, debido a su gran calidad, es preciso remarcar.

Gabriel René-Moreno, el papelista aristócrata y cuyas inolvidables páginas demuestran que conocía a fondo su oficio, registra, en su imponente "Ensayo de una bibliografía general de los periódicos de Bolivia", Santiago de Chile, 1905, 344 páginas, los impresos obreros y hace importantes y sabrosas acotaciones.

León M. Loza, en su "Bosquejo histórico del periodismo", anota algunos datos de la producción obrera. Hay que el investigador estuvo estrechamente vinculado con las organizaciones gremiales, particularmente con las de Oruro. No daremos más ejemplos.

Contrariamente, el lector encontrará muy poco sobre el tema en Rosendo Gutiérrez o Nicolás Acosta.

Si en las instituciones públicas encargadas de coleccionar la producción bibliográfica no es posible encontrar la documentación necesaria acerca del movimiento obrero o sindicales, tampoco se la puede hallar en colecciones particulares, pues la policía se encarga de expurgarlas cuidadosamente de todo material "subversivo".

Para poder reconstruir muchos episodios importantísimos no queda más camino que recurrir a la memoria de los protagonistas, teniendo cuidado de no olvidar que la mente humana es sorprendentemente frágil e infiel. Los datos así obtenidos deben ser necesariamente tamizados con ayuda de la más severa crítica y del cotejo con otros testimonios, sobre todo con los escritos.

Con toda modestia apuntamos que es en un medio tan adverso que acometimos la tarea de escribir la historia de la clase obrera boliviana, de sus fracasos, de sus victorias, de los esfuerzos que hizo por organizarse, de la influencia sobre ella de las corrientes ideológicas y particularmente de las socialistas, etc.

Comenzamos uniendo pacientemente los retazos de papeles que habían sido salvados de la acción destructora del tiempo, del descuido, del tonto desdén de algunos o de la furia de las huestes policiales.

Por momentos desfallecimos y se apoderó de nosotros la idea de que resultaba casi imposible, por lo menos para nuestras fuerzas débiles, presentar un cuadro coherente y vital de las luchas del pueblo boliviano y de los trabajadores. Estamos seguros que a no mediar la cooperación desinteresada de algunos viejos dirigentes sindicales que todavía viven, esta historia no habría podido ser relatada.

Ninguno de nuestros anteriores escritos nos han exigido tanto esfuerzo como el libro que el lector tiene en sus manos. Nos hemos visto obligados a acumular pacientemente cientos de kilos de folletos, periódicos, archivos y manuscritos.

Podemos asegurarle al lector que todo dato y afirmación salidos de nuestra pluma cuentan con el respaldo de pruebas documentales o de las declaraciones de actores y testigos.

Durante más de una década hemos reunido antecedentes y la imagen prefigurada de la criatura ha taladrado nuestro cerebro, en las noches de vigilia, antes de venir al mundo. No habíamos imaginado que hubiesen partos tan dolorosos.

Violentando nuestra costumbre, hemos cedido ante la urgencia de cargar el texto con notas y referencias bibliográficas. Siempre nos repugnó el forzado y falso enciclopedismo, pero la naturaleza misma de este trabajo nos obligó a utilizar los recursos tan caros a quienes tanto desean pasar por ideólogos eruditos.

Una gran parte de los documentos que hemos utilizado son manuscritos que nos han sido entregados por no pocos líderes sindicales que tuvieron participación directa en numerosos acontecimientos sociales o la suerte de conocer de primera mano la vida de varias organizaciones laborales. Se trata de un material que apreciamos en alto grado y que contiene elementos de juicio insustituibles. En cada caso citamos las características de esos escritos y ha sido un placer revelar la existencia de una literatura ignorada y genuinamente obrera, elaborada en mal castellano, desordenadamente y con muchos otros defectos, pero rezumante de vitalidad, que es lo que cuenta en definitiva.

Estamos seguros que esos escritos desaliñados serán mañana incorporados como parte principal de la producción literaria boliviana.

Algunos dirigentes sindicales envejecidos, respondiendo a nuestros requerimientos, han esbozado sus memorias y sus impresiones acerca de las diferentes etapas del movimiento obrero boliviano. En cierta medida este libro es una obra colectiva.

Estamos íntegros, de cuerpo entero, en este voluminoso trabajo. La amplitud del tema tratado y la gran cantidad de hechos que tenemos que comunicar al lector paciente, nos han impuesto las dimensiones descomunales del escrito. De esta manera, aparece desvirtuado nuestro apego a la síntesis.

Diego de Rivera dice, en sus confesiones, que le agradan las largas gestaciones, que vienen desde lejos. Esta declaración es una de las pocas verdades contenidas en dicho documento. "Mi estilo había nacido como nacen los niños, en un momento, con la diferencia de que este nacimiento había venido después de una torturante preñez de treinta y cinco años".

La inclusión de ciertos capítulos -aparentemente extraños al tema fundamental- obliga a una explicación. Un grupo de estudiosos norteamericanos que conoció los originales me hizo saber que consideraba indispensable, a fin de comprender en todos sus alcances las luchas de la clase obrera boliviana, tener un panorama del país, de su economía, de su historia e inclusive de su geografía. Se nos dijo que el defecto del libro radicaba en que daba por sabidos muchos hechos. La primera parte del volumen número uno ha sido elaborada para salvar tal deficiencia.

Parece haber, acuerdo entre los investigadores de que la historia de Bolivia todavía no ha sido escrita. Lo realizado por Alcides Arguedas en la materia sigue siendo lo más visible, pese a que se pierde en nimiedades, es aplastado por una montaña de documentos y trata a la ligera o sencillamente ignora muchos acontecimientos de gran trascendencia. Sin embargo, no puede simplemente pasarse por alto el importante acopio documental hecho por Arguedas.

El historiador no está obligado a dar una determinada interpretación de la realidad, pero resulta imperdonable que se tome la libertad de olvidarla toda vez que llega a contrariar sus deseos. Los tratadistas más serios de la historia del país, nada dicen sobre el choque entre proteccionistas y librecambistas, acerca de los primeros movimientos socialistas, de las ideas colectivistas del poeta modernista Ricardo Jaimes Freyre, del radicalismo liberal que propugnó la ciudadanía plena en favor de los campesinos analfabetos, etc.

Al constatar que, en cierto momento, las clases mayoritarias, juntamente con no pocos teóricos, pugnaron por echar los cimientos de una nueva sociedad, los críticos retrocedieron horrorizados y creyeron que su deber no era otro que arrojar tierra sobre esos supuestos excesos.

Al escribir la historia del movimiento obrero no hemos encontrado antecedentes indispensables en otros textos y nos hemos visto obligados a acumularlos por nuestra cuenta.

Acaso extrañe al lector que se introduzca en el texto dilatados paréntesis tratando temas varios, se lo ha hecho por ser indispensables para la comprensión del texto. Lo realizado y dicho por la clase obrera es parte inseparable de un todo que se llama vida nacional, está vinculada a ésta por múltiples y sutiles hilos. Los trabajadores resumen las virtudes y los defectos del país.

No creemos que la actividad sindical sea el resultado de las inquietudes de una secta, sino del grado de progreso alcanzado por la sociedad. La clase obrera constituye la fuerza fundamental del devenir histórico y, por eso mismo, expresa las aspiraciones más profundas de todo el país. El lector nos perdonará si acaso a veces recargamos las referencias o incurrimos cuestiones aparentemente ajenas a la vida sindical y de los oprimidos.

Creemos oportuno subrayar que dos han sido las razones que nos han impulsado a incluir en esta historia del proletariado básicamente, a las organizaciones gremiales:

Primera.- El objetivo que nos anima es presentar las luchas y las ideas de la clase obrera, incluidas las de los artesanos, que tanta importancia tuvieron en todo el siglo XIX y en parte del XX.

Segunda.- En Bolivia el sindicalismo moderno ha nacido bajo el ala protectora de las sociedades gremiales, claro que después de vigorizarse el primero y para coger en sus manos su propio destino no ha tenido más remedio que librar una descomunal batalla contra las direcciones artesanales, pero esto ha sucedido recién al promediar la segunda mitad del presente siglo, cuando aparece en el escenario nacional la poderosa Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia.

Hay que remarcar que inclusive la pro-stalinopirista Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia (CSTB) siguió siendo una organización dirigida con mentalidad y a través de elementos artesanales. La primera Federación Obrera de La Paz comenzó llamándose Junta Central de Artesanos. Nuestra intención no es únicamente subrayar la fecha de nacimiento de las agrupaciones obreras y sus actuaciones de mayor importancia (reconocemos que esto es indispensable en toda historia), sino, más bien, revelar sus tendencias ideológicas fundamentales. La lucha sindical se entrecruza con la actividad política, sea ésta revolucionaria o no.

Nuestro objetivo ha sido hacer reflotar a un primer plano la pugna titánica de toda una clase por adquirir conciencia de su lamentable situación en la que se debatía y por descubrir el camino que debe seguir para alcanzar su liberación.

Dicho de otra manera, nos ha correspondido el alto privilegio de presentar los hitos remarcables del proceso tortuoso recorrido por los trabajadores en su afán por superar su actividad puramente instintiva, es decir, de transformarse de clase en sí, meramente instintiva, en clase para sí, consciente o política.

Esta historia muestra cómo se ha estructurado la clase obrera, así podría resumirse el contenido de los seis volúmenes, que encierran tantos hechos y actos heroicos y esperamos que la interpretación hecha de ellos llegue a satisfacer a quienes están interesados en la lucha por una nueva sociedad.

Los obreros bolivianos comenzaron siendo organizados gremialmente por un sector de la clase dominante, por el liberalismo, que actuó así para poder derrotar política y electoralmente a la secta conservadora y ultramontana, que desde el poder estrangulaba sus intereses económicos y políticos. En la primera etapa, los esfuerzos de los trabajadores y sus victorias concluyeron fortaleciendo las posiciones de sus enemigos de clase, de sus explotadores directos, de aquellos que habían logrado entroncar sus intereses con los del imperialismo. Convertidos en fuerza de choque o en simple contingente electoral, parecían carecer de objetivos propios y actuaban como la izquierda obrerista de los partidos políticos que se nutrían de las teorías burguesas de avanzada.

Solamente más tarde, después de haber aprendido lo suficiente en la amarga experiencia diaria, los explotados intentaron emancipar a las organizaciones sindicales de la influencia ideológica de las otras clases sociales y encaminaron sus esfuerzos hacia la construcción de múltiples partidos obreros de orientación socialista. Así se fueron sentando las bases graníticas de la conciencia de clase y, desde este punto de vista, poco importa que esos esfuerzos hubiesen concluido invariablemente en frustraciones. Se puede decir, de un modo general, que los obreros bolivianos han recorrido un camino similar al que utilizaron sus hermanos de otras latitudes del mundo.

El bosquejo que sobre la historia sindical escribiera el izquierdista Moisés Álvarez sigue siendo hasta el momento uno de los mejores de su especie y es lamentable que nadie se hubiere tomado la molestia de sacarlo del viejo "Boletín del Ministerio de Trabajo" -de la época del gobierno del coronel David Toro-, en cuyas páginas yace olvidado.

Los otros escritos que hemos compulsado debidamente tienen el defecto común de ser historias que giran alrededor de determinado dirigente o bien se limitan a describir las peripecias de algunos gremios. Casi siempre está ausente la cita documental; el líder obrerista confía casi únicamente en sus recuerdos del pasado lejano.

Nuestro objetivo ha sido otro: presentar a caudillos e ideólogos en sus verdaderas dimensiones históricas y subordinar la actividad de ellos, por muy importante que sea, a la gran epopeya vivida por los trabajadores. El personaje central del libro que tiene el lector en sus manos es nada menos que la clase obrera boliviana y deseamos que el fruto de nuestras investigaciones sea considerado como un modestísimo homenaje a ella.

En los últimos meses se ha notado un marcado interés sobre el pasado del sindicalismo. Se propician concursos sobre temas obreros y vienen apareciendo algunas publicaciones al respecto. Todo esto es positivo. Hemos consultado ese material y más adelante encontrará el lector los comentarios que nos han merecido.

En cierta época hemos participado directamente en la dirección y luchas de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia y no hemos tenido más remedio que referirnos a tales acontecimientos, cierto que esforzándonos en ser objetivos y autocríticos. Nuestro nombre se incluye en la obra siempre en tercera persona y solamente cuando el relato nos ha obligado a ello.

Muchos dirán que los anteriores antecedentes contribuyen a deformar nuestras apreciaciones y los maledicentes acaso sostengan que escribimos para justificarnos ante la historia. Hemos sometido a la más severa autocrítica todo lo malo y bueno que hemos podido realizar y en ningún momento nos hemos apartado un solo milímetro de los acontecimientos en los que hemos intervenido.

El lector tiene derecho a saber cómo hemos llegado al campo obrero, pues constituye una de las causas de que hubiese sido escrito este libro.

Hemos buceado en la apasionante historia de las organizaciones laborales para explicar mejor el porvenir de la clase obrera con ayuda de las lecciones que arroja su pasado. Sin embargo, debo confesar que este libro no ha sido elaborado por el intelectual de gabinete, sino por el luchador que ansia entregarse íntegro a su causa y a los explotados.

En los albores de nuestra adolescencia, nuestro padre, cuando ocasionalmente se encontraba en la ciudad de Oruro, nos llevó al taller de peluquería del sobreviviente de la masacre de Uncía, don Gumercindo Rivera, ubicado en la calle paseo Bolívar.

Inesperadamente Enrique Lora tomó una fotografía de un pequeño mueble y la puso antes nuestros ojos azorados con estas palabras: "¿dónde estoy?". Se veía el suelo cubierto de toscas frazadas tejidas por manos indias, que cubrían varios cadáveres, rodeados por un grupo de personas de aire desafiante, aunque melancólico y que sostenían un estandarte que llevaba la inscripción de "Federación Obrera". La escena trasudaba tragedia.

Ahí, casi al centro, estaba Enrique Lora, lleno de carnes, de mediana estatura, en plena juventud y ostentando espesos bigotes y sombrero embarquillado. El descendiente de los potentados de Colquechaca no llegó a ser obrero, sino que se ocupaba de descubrir y explotar en pequeña escala minas en diferentes regiones, dando así rienda suelta a su gran vitalidad y a su espíritu aventurero. Cuando el gobierno del populachero Baptista Saavedra y el ejército consumaron la masacre monstruosa de junio de 1923, el liberal por herencia más que por convicciones ideológicas, se sintió ganado por el pujante movimiento obrero, que en Uncía había librado una batalla fundamental en defensa del derecho de coalición.

El episodio que acabamos de relatar definió el futuro de nuestra vida consciente. Quedamos absortos y hasta contrariados por la súbita revelación de un paso que ignorábamos.

En su momento, la sensible epidermis de niño quedó sellada por la impresión inolvidable de los mineros rudos, esqueléticos, casi siempre alcoholizados y díscolos. Enrique Lora se nos presentó identificado con una clase que no era la nuestra y el hecho adquirió rasgos brutales. Desde ese entonces la suerte de los mineros se convirtió en el objetivo central de nuestras inquietudes y de nuestra pasión.

Descendimos desde la cumbre de los libros para identificarnos con hombres que sufrían y no tenían posibilidades de elevarse culturalmente. Nunca dejamos de estudiar, pero lo hicimos porque así podíamos apuntalar la lucha liberadora de los explotados y oprimidos. Así nos hicimos revolucionarios (si se quiere revolucionarios profesionales) y nuestra etapa de entrenamiento, de formación, transcurrió en la formación de células trotskystas en los centros mineros.

Cuando muchas veces vimos llegar a la cárcel a ese recio varón que era Enrique Lora, con los ojos ensombrecidos por las lágrimas y desesperado de socorrer al revoltoso que había sido atrapado por la policía, pensábamos que no se daba cuenta que fue él quien cumplió debidamente la tarea de dar a nuestra vida contenido noble y apasionado y que tantas veces nos empujó a las mazmorras.

Para vivir plenamente fue suficiente que marchásemos codo a codo con los trabajadores y nunca creímos necesario arrojar por la borda los libros, que siempre los hemos considerado como la expresión más elevada de la cultura. Nuestro caso no fue el de Langston Hughes, que comenzó quemando sus libros cuando decidió vivir realmente. ("El inmenso mar").

Oruro, ciudad a la que amamos entrañablemente, no era en esa época solamente la urbe chata, plana, monótona y barrida por los vientos, sino que se había convertido en el semillero del socialismo boliviano, irradiaba ideas redentoras a los cuatro puntos cardinales. Sus gentes, teñida de copajira y nostalgia, afanosamente formaban cenáculos y editaban hojas socialistas deficientemente impresas pero llenas de emoción; los orureños sabían tomar el pulso al proletariado. Esta tierra indómita e imponente fue el teatro de nuestros primeros pasos de conspirador bolchevique.

Cuando redactábamos esta historia tuvimos que detenernos para poder recobrar el aliento después de haber recibido la terrible noticia del asesinato de César Lora por el gorilismo. El valeroso caudillo obrero supo morir en el puesto de combate como buen revolucionario.

Se mostró muy interesado por nuestras investigaciones alrededor de la historia del movimiento obrero y estas páginas ven la luz bajo su sombra tutelar.

Muchos de nuestros escritos ya publicados germinaron en las prisiones y algunas inclusive fueron concluidas en las celdas policiales. Esta historia tuvo que ser interrumpida en su redacción toda vez que la persecución sañuda nos obligaba a escondernos o a meditar y estudiar en esas universidades ideadas por los opresores para templar debidamente a los militantes políticos. El esbirro movimientista San Román ha sido, acaso sin saberlo ni proponerse, el más grande enemigo de este libro. No pocas veces nos fueron arrebatados valiosos documentos sindicales y tememos que nunca más los volveremos a ver.

Tenemos en alta estima este libro por la materia que trata y por el enorme esfuerzo que nos ha costado escribirlo. Nada diremos de sus méritos y abandonamos a la criatura más querida para que la crítica la despedace sin piedad. La publicista Rosa Luxemburgo decía que cada escrito tiene su propia estrella y no tenemos el suficiente poder de clarividencia para decir qué destino le espera al nuestro. ¡Que camine solo y aprenda a luchar!

Estamos convencidos que se notarán muchas omisiones, a veces hemos pasado deliberadamente por alto algunos hechos considerados de poca importancia. También somos los primeros en reconocer que algunos documentos y actividades obreros no han debido llegar a nuestro conocimiento, esto es obvio. Agradeceremos con entusiasmo toda acotación que se haga al respecto.

De lo dicho se desprende que no consideramos esta historia de la clase obrera como definitiva. Vendrán plumas mejor tajadas que la nuestra para realizar la tarea de complementar la investigación que ofrecemos a la consideración pública. Creemos que hace falta que en este terreno los investigadores, superando su terco individualismo, se decidan a trabajar formando equipos de buceadores de la problemática obrera.

Las organizaciones sindicales tienen muchos defectos y limitaciones y uno de ellos consiste, precisamente,

en que no toman en serio las ideas revolucionarias ni la urgencia de la amplia difusión de sus documentos fundamentales. A ellas les corresponde, como deber imprescindible, contribuir a la cabal dilucidación de la historia de la clase obrera. Si algunos dirigentes obreros hicieron mucho para la aparición de este libro, los sindicatos, contrariamente, respondieron invariablemente con su indiferencia a nuestros reiterados requerimientos.

Expreso mi público agradecimiento a quienes tan desinteresadamente pusieron en mis manos documentos, manuscritos, fotografías o me proporcionaron informes verbales; muchos de ellos ya han muerto sin haber tenido la oportunidad de leer estas líneas. Consigno los siguientes nombres, entre otros muchos que olvido y que les ruego tener en cuenta mis sentimientos de gratitud:

Angélica Ascui, Héctor Borda, Sinforoso Cabrera. Faustino Castellón, Rómulo Chumacero, hermanos Daza Rojas, Trifonio Delgado, Guillermo Gamarra, Julio M. Ordóñez, José Manuel O., Carlos Mendoza Mamani, Federico Monje, Jorge Moisés, José Rosa Montecinos, Félix Rodrigo, Ezequiel Salvatierra, Arturo Segaline, Pedro Vaca Dolz, Justino Valenzuela Catacora, Luciano Vertiz Blanco, Guillermo Viscarra Fabre, Desiderio Osuna, Erasmo Sanabria, etc.

Hago especial mención al personal de la Biblioteca Nacional de Sucre, que me ayudó a revisar los papeles de Gabriel René-Moreno; a Agar Peñaranda, que tan paciente y diligentemente acumuló antecedentes para esta historia.

Finalmente, gracias a Graciela Lora, que tuvo a su cargo el copiado de los originales.

La Paz, agosto de 1966.

Guillermo Lora